

Antología de Silvia Patón Cordero



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A mi familia y conocidos.

Agradecimiento

A la gente que forma esta página y a los que se les ha ocurrido esta maravillosa idea de editar los poemas propios.

Sobre el autor

Escritora, licenciada en Filología Hispánica, nacida en Madrid (España), de 35 años, autora de varios libros, entre ellos el libro de poesía Lamentos y esta pequeña antología.

Varios premios y accésit literarios en su haber.

Mis obras: Lamentos, Ardor, Mariana Doré (relato), Versos regios, Lo efímero, etc.

Índice

A una rosa marchita (soneto)

Poesía Popular

Perdón

Tardes de verano (poema en prosa)

Mirad

Despreciada

A una azucena

¿De qué vives, alma mía?

A Diana cazadora

A un rosario

De amor nombre

Fiesta (Homenaje a Jacques Prévert)

Diamantes y gemas

Dame la palabra

Nieve

Al amanecer

A una flor soberbia

DE TANTO VERTE

FRENANDO LOS DESEOS

ALTIVAS FLORES CORTADAS

Pasiones de amor

De mi deseo

Ni Policleto ni Fidas

Refrena mi malestar

Puedo escribirte

Al personaje de Barry Lyndon

Ocasión no das

No furioso Orlando fuese

Vencerá el amor

No encubras

Aléjate de tanta inquietud.

Amor prohibido

De tu bella faz

Qué de deleites

Quién fue

Girasoles

Sobre rosas

De los brillos

Sopla el aquilón errante

Céfiro errante

Qué afortunado

Dulce

Laureles esquivos

Revolviéndose en el cielo

Naturaleza

Eres recuerdo ingrato

Por tu índole

Carezco

Inexpertos

De amarme

De esos ojos negros

Ah, cruel

Esos ilustres ojos

Embarca mi ilusión

Con cien cañones

En esa boca versos rezan

Ni ley ni norma

El ánimo ofendido

De las cestas espumosas

Vertiginoso

A Maurice Ravel

Cupido traidor

Armónico ruego

No los griegos y romanos

Sátira

Rebosantes de brillo

La felicidad malquistada

Al impulso amoroso

A mi héroe

De mi humilde noción

Terebinto

Al dios Baco

Nunca mi alma

Las rosas de tus labios

Podrá la llama

El amor cegado

El desencanto amoroso

Por cuánto

La tentación

Más dulce que las rosas

Espíritu indomable

La despedida

Helena de Troya

El tigre (dibujo)

A Miguel de Cervantes Saavedra

Por competir con tu mirada oscura

A Aníbal Barca

Soneto homenaje a Garcilaso de la Vega

Los gatos serviciales (fábula con rima clásica)

Guía mi mano

A Alonso de Ercilla

A una rosa marchita (soneto)

Si apenas dura un punto, bella rosa,
la hermosura de tu aura colorida,
¡cuánto menos durará en esta vida
la ventura y la gracia jactanciosa!

Que la fortuna, en tanto veleidosa,
célere mudará la decidida
dicha del que en riqueza se convida
por creer en su fuerza bondadosa.

Presto se ajarán tus róseos colores,
mas en tu ligera corola inerte
palpitarán aun tu beldad y honores;

que peculios no libran de la muerte
ni excusan de pecados y dolores
a quien se escuda en su frívola suerte.

Poesía Popular

Del camino, en la ribera,
cogiste flores hermosas.
De las flores, las primeras.
Y allí te vieron, certera,
mis ojos enamorados
con tu gallarda presencia;
pues eras más altanera
que las flores que pendían
de tu larga cabellera.
Del camino, en la ribera,
cogiste flores hermosas.
De las flores, las primeras.

Perdón

Perdón.

Por no querer ofenderte,
por tratar por todos los medios
de no ser de ti sino de mí.

Perdón.

Por dolerme en el alma mía,
por ser cobarde sin cobardía,
por haberte querido así.

Perdón.

Por no ser la imagen que tú buscabas,
esa que debía darte un reflejo
idéntico a lo que ansiabas en sí.

Perdón

Por ser yo y no tú,
por buscar en mi idiosincrasia
un espíritu tan doloroso
que no te hiciera huir.

Perdón por haberte adorado,
por haber pedido de ti
algo que jamás fuiste.

Perdón por vivir y ser vivida
tan intensamente en la soledad,
que no me di cuenta de que te perdía
cuando más confiaba en tu perdón.

Tardes de verano (poema en prosa)

En lejano clamor el viento muestra la pesadumbre. El cielo está claro, azul como una aguamarina, y las nubes se arrebolan de malva...

Tardes de verano que en mi pensamiento se antojan momentos de calma.

Tardes de verano en las que un resquemor agosta la ilusión, en las que la tristeza no consigue sino hundir el ánimo.

Tardes de verano en quebranto, en soledad, saboreando los momentos en los que fuimos felices, y que se han evadido como el polvo del camino.

Tardes de verano y soledad...

Tardes... ¡Augustos momentos de melancolía y pesadumbre!

Mirad

Mirad el viento entre los álamos
cuando susurra un nombre
y calla a tientas
el dolor que me causó.

Mirad las nubes que se evaden
en lontananza,
como pedazos desgajados del cielo,
y que dibujan un nombre,
hermosísimo atributo,
que tanto me conmovió.

Mirad el correr de las aguas;
si una vez claras ahora enturbiadas,
donde ambos escribimos
un amor ya muerto.

¡Mirad, mirad,
que una vez lo quise
y ya no lo quiero!

Despreciada

¡Despreciada! ¡Ultrajada! ¡Ofendida!
¿Hasta cuándo las burlas del amor?
Si jamás he conocido
el querer verdadero,
¿por qué destrozar los sentimientos
con amores falsos y nocivos?
Apenas dura un punto
la pasión traicionera
y apenas el cariño seductor.
No he conocido
en mi mente y en mi alma
más que un dolor inmenso
desde que me aventuré
a probar el regusto
amargo del afecto.
¡Despreciada! ¡Ultrajada! ¡Ofendida!
¿Y a quién he de exigirle
que me devuelva el humor,
a quién la recompensa
de ser correspondida?
Su amor fue como el viento
que todo lo hiende,
que arrostra los campos,
las campiñas verdosas
con insondable melancolía.
Su amor fue la tortura
de querer queriendo
que su amor fuera
más que un delirio.
¡Despreciada! ¡Ultrajada! ¡Ofendida!
Y en su egoísmo creyó
que me hacía feliz

**siendo más de si mismo
que de mi anhelo extinto.**

A una azucena

Divina flor escogida
de las gallardas mañanas,
hermosísima y transida
en su orgullosa mirada.

Tú, azucena gualda y roja;
tú, tan vistosa y granada;
tú, despojada de espinas,
yaces siempre enamorada.

Tus pétalos son tus ropas,
tus pistilos, oro en rama
y tu corola encendida
casta y finísima gala.

¿Quién, linda flor, te escogió
para así mostrarte ufana
a la luz del recio sol
que te besa y te reclama?

¿Quién, amorosa presencia,
acarició tus entrañas,
exhalando el suave aroma
de tu tan liviana alma?

En jardín marchitarás
como marchita la humana
hermosura y juventud
que se lleva la nostalgia;

que tu presente constancia
apenas si te consagra
en un mundo que no dura

y presto se torna en nada.

¿De qué vives, alma mía?

¿De qué vives, alma mía,
de hechos pasados
o de presentes hazañas,
de llagas minúsculas
o de huera emociones?
¿De qué?
Aun en el paroxismo,
contristada,
añoras las dichas pretéritas,
esas que embriagan
como el vino griego
o los poemas de Ronsard.

¿De qué vives, alma mía?

Ya languidecen
las flores de la juventud,
y marchitan su belleza efímera
los primeros amores
y la *dulceamarga* dicha
de haberlos sentido.
Las hojas caen
sobre las undosas charcas
y caen también
los días de amargor profano.
Marcha Hebe
con su copa dorada
dejando paso al Tiempo
y a la Muerte atroz.

A Diana cazadora

¿Por qué coronas tu frente, Diana agreste, con prímulas y con salvajes lirios si tu belleza no ha de ser contemplada? ¿Por qué con tu paso alado, de vestiduras volantes, te revuelves huraña ante toda presencia humana? Ni tu coro de ninfas ni todo el orbe inmortal resplandecerá mientras resista tu alma a las delicias del amor.

Mas tu candidez aumenta bajo el carcaj de flechas y el morral ajustado... ¿Acaso la flecha punzada pueda más que el mirar de un ojo enamorado? ¿Es esta, Diana casta, el arma con que derrotas al varón tedioso o a la bestia acorralada?

Si en tus cabellos se prenden las más bellas flores o la fúlgida media luna, ¿por qué, diosa, no permites que los sentimientos se prendan en lo más profundo de tu pecho, bajo su ingrata coraza?

A un rosario

Tierno nácar que con cuentas
engastadas en mil sartas
adornaste el pecho femenino.
Hermosísimas perlas,
bolas encantadas, hechizantes,
de brillos palpitantes
que yacen de continuo
entre los pliegues de cendal.

Tierno nácar tan profano,
pues de munificencia muestra,
pendes del religioso
hábito monacal.
Tú, del piélago celeste hijo,
insolente cadena,
clamoreas el nombre
de la ilustre vanidad,
de la inconfesa jactancia
del hombre venial.

Tierno nácar de un rosario...

De amor nombre

Más fúlgido que un diamante,
más nítido que la esperanza,
más frágil que la flor que danza
en el prado o en jardín.

Más ardiente que una llama
que se dilata e inflama
en la hoguera o en el lar.

¿Qué más se puede esperar?

De amor nombre,
sin razón concebido,
por tantos temido y deseado;
ajustarse a su baldón
es gozo que no delito.

¡Si es honrado su favor!

Fiesta (Homenaje a Jacques Prévert)

Et les verres étaient vides
Et la bouteille brisée
Et le lit était grand ouvert
Et la porte fermée
Et toutes les étoiles de verre
Du bonheur et de la beauté
Resplendissaient dans la poussière
De la chambre mal balayée
Et j'étais ivre mort
Et j'étais feu de joie
Et toi ivre vivante
Toute nue dans mes bras.
« Fiesta »
Jacques Prévert

Y las bandejas doradas
se llenaron de frutas...
Y las flores languidecían
sobre manteles arrugados...
Una copa vacía,
una botella de champán
hueca, escintilante...
Y el reverberar perpetuo
de pasados rumores,
del bullicio presente
en la constante ausencia.
Y los remordimientos,
torturas continuas,
escondidos tras la máscara
de la alegría histriónica,
de la fatuidad mortificante...

"Las copas estaban vacías
y la botella rota..."

Las sillas repartidas
por el suelo bruñido:
sucias, ajadas en sus damascos
de color grana...
El ambiente cargado
por los perfumes,
por el tabaco:
asesino de penas contritas
y mal llevadas, malquistas sensaciones
de la fatuidad humana.

Diamantes y gemas

Diamantes y gemas;
verdes esmeraldas, espinelas,
zafiros de Ceilán,
granates y cetrinos gualdas...
¡Todo un tesoro
para un amante
lleno de vehemente furor!

Diamantes y gemas;
topacios, berilos,
turquesas del Turquestán,
ópalos albos
y rojos hematites...
¡Abundante fortuna,
cuantiosa sinrazón!

Diamantes y gemas;
azabaches de noche pura,
aguamarinas,
pingües jacintos, rubíes
y heliotropos áureos...
¡Sibarita elenco
para el más excelso encomio
que en el orbe
haya tenido lugar!

Dame la palabra

*Dame la palabra
y la libertad.*

Dame la oportunidad
de escribir himnos,
de crear vocablos
de alto resonar.

*Dame la palabra
y la libertad.*

Dame el placer
de rimar en verso,
de sentirme converso
de la lírica religión.

Dame el placer
de inmortalizar
en una línea
todo el dolor,
toda la desidia
que causa
el humano sentir.

*Dame la palabra
y la libertad.*

Nieve

Sobre las cumbres
y valles.

Nieve.

Sobre los altos oteros
y laderas.

Nieve.

En el lejano oriente
o en el aprisco.

Nieve.

Sobre el pecho
y el corazón señero.

Nieve.

En el fondo del alma:
en un sentimiento.

Nieve.

En todo lo pasado,
en el recuerdo incierto.

¡Nieve!

Al amanecer

Al amanecer de crespón
le consagro yo
esta poesía,
que si no tiene valía,
tiene gusto y no es baladí.
A las ardientes orillas
de las nubes matutinas
me refiero
con paciencia y con esmero,
pues que sencillas parecen;
y complicada su esencia
en verdad es.
A los fulgurantes rayos
del sol
va esta extraña rima dirigida,
porque tienen en sí vida
que el hombre
no alcanza a comprender.
Mi ansia, no obstante,
es un poema humilde,
un poema que no se tilde
de difícil de entender.
La poesía no nació siempre
para morar altas cumbres,
sino para vivir pura
en su esencia espontánea.

A una flor soberbia

Por el beso de la flor perdió la vida
la llama intensa que ardía enamorada,
y con gran celeridad se quedó en nada
la pasión que con fervor fue acometida.

Mas, noramala a la muerte ágil convida
la belleza de su corola encantada,
que nunca al placer rindió su cruel mirada
sino a austera norma que de amor se olvida.

Beso que el orgullo se llevó muy presto
con su vanidad y jactancia baldía,
sepultando mi fe y mi sentido en esto.

Ardor que no trajo más que idolatría
a la soberbia de aquel vil tallo enhiesto
que frívolo sacrificó el alma mía.

DE TANTO VERTE

De tanto verte presente,
así ajeno y deslustrado,
¿no he de interpretar frustrado
este oficio contingente?

Recogiendo en mi vil mente
los restos de lo negado,
¿he de tomar el pasado
por juzgarte diligente?

No hay sobre penas cuestiones
si estas penas son porfiadas,
por cuanto que son donadas
sin dinero ni oblaciones.

Que en faltas no hay mil razones
para creerlas basadas
en malicias ya pasadas
o en presentes opiniones.

FRENANDO LOS DESEOS

Frenando los deseos del alma misma
no arde el corazón más grande y más dichoso,
ni se atreve y se arriesga aún más donoso
a hazaña que a la vida agita y abisma.

No tuviera pues sin esto igual carisma
ni resultara tan cruento el ardoroso
mal que se apresta soberbio y jactancioso
a romper toda atadura con su cisma.

Esclavo del amor se hizo el verdadero
padecimiento del que ama y del que adora,
pues que en todo fue tenido por sincero.

No amara quien amó injusto y en mal hora;
que aquel que ama con deshonor y aranero
con su amor no se engrandece ni mejora.

ALTIVAS FLORES CORTADAS

*Altivas flores cortadas
de un parterre misterioso,
que tienen alas preciadas
como el pájaro en reposo.*

Y entre pétalos de seda
guardan el perfume suave
que embriaga y que siempre queda
al alma, en deliquio grave.

Aladas flores que se hallan[1]
en un vaso de cristal,
y que en mi nostalgia callan
la dolencia de su mal.

*Altivas flores cortadas
de un parterre misterioso,
que tienen alas preciadas
como el pájaro en reposo.*

[1] Pequeña licencia poética de medida del verso. Son dos sílabas tónicas, pero yo las he unido para que formen una sola sílaba.

Pasiones de amor

Pasiones de amor negadas,
quimeras irrealizables
con verdades innegables
que nunca me son veladas;

palabras bien arraigadas
en mil poemas mudables
con sus estrofas truncadas.

Pasiones de amor banales
que moran en mil ensueños,
que se consideran dueños
de las ánimas, triunfales.

Porque los amores tales
luchan con necios empeños
hasta sus muertes fatales.

De mi deseo

De mi deseo reflejos
es quererte y aun ansiarte,
que el afán me induce a amarte
anhelando que muy lejos
te alejes, daños anejos.
Tu boca es la perdición
de toda mi condición
y también de mi sentido;
que mi instinto contenido
te busca en toda ocasión.

Ni Policleto ni Fidias

Ni Policleto ni Fidias diestro
tallaran mejor tu hábil figura,
hermosa en su gracia y su factura
aun para el ojo del más indiestro.

Por tanto, brindara donosura
a quien renegó de todo ancestro
para probar tu boca en dulzura.

De las rosas de tus labios lenes
robar quisiera su altivo tacto
y de tus miradas el impacto
del azul con que el ansia refrenes.

Abrazar anhelo tantos bienes
de tu gozo puro y del intacto
amor con que todo mi ser llenes.

Refrena mi malestar

Refrena mi malestar
si a mi pecho curar puedes
de la herida con que cedés
al pretenderme matar.

Y mi angustia es siempre estar
en del amor fuertes redes,
que al no librarme concedés
que así pretendes amar.

Mas no semeja a ti herirte
por igual este tormento,
pues que por no malherirte
tu rostro guarda el contento.

Pague el dolor reducirte
a similar descontento
en que el vano maldecirte
se torne en convencimiento.

Puedo escribirte

Sobre un poema de Pablo Neruda

Puedo escribirte versos tristes
con la cadencia de un renglón.
Puedo escribirte versos tristes
mucho más tristes aun que yo.

En ellos revive la vida,
en ellos nace la pasión
y se extasía lentamente
el extasiado corazón.

Yo quiero que en ellos se muestren
pedazos de aquel mismo sol
cuyos rayos temblaban alto
sobre nuestro vil corazón.

Puedo escribirte versos tristes.
Puedo escribir una canción.
Mas no puedo hacer que me quieras
como siempre te quise yo.

Al personaje de Barry Lyndon

*No sólo me aleja de ti el tiempo sino el hecho
de que perteneces al ámbito literario,
querido héroe de Thackeray.*

En tus ojos, Barry Lyndon, la suerte
cruda... ¿quién la plasmó? Que tu ardoroso
mirar fiaba en su sino venturoso,
aunque no te turbara hasta la muerte.

Y en lo literario, de lo amoroso
te alejaste presto, para no verte
abocado a un término desastroso.

De ti me separó el inmenso abismo
de no tener paralelas edades,
para no gozar de disparidades
que se sustentan en el fanatismo.

Vanos desafiaron al tiempo mismo
nuestros literarios dones: beldades
que fenecen por su cruel pesimismo.

Ocasión no das

Ocasión no das

Ocasión no das al afecto,
que te ausentas en demasía
y buscas con tal apatía
malquerer en tu desperfecto.

No te juzgué nunca perfecto,
pero con esta lejanía
aun te creo en mucho propecto.

Ni quieres, ni de aborrecerte
libras a esta conciencia lesa,
pues que tan solo te interesa
herirme para envanecerte.

No es mi pena el no retenerte,
puesto que mucho más me pesa
el ni siquiera poder verte.

No furioso Orlando fuese

Dedicado a mi familia.

Vencerá el amor

Dedicado a todos los que han amado.

No encubras

No encubras

No encubras bajo el antifaz
las veleidades del amor,
ni escondas tampoco el rubor
de tu encendida y dulce faz.

En el placer fatal disfraz
no es grato a los que en su dolor
se regodean, pues ardor
encuentran en su afán voraz.

Dulces besos de grana henchidos
coronando la nieve pura
con gallardía, mas sentidos

en la boca por tanta usura;
porque callan plenos, cedidos,
motivos de cruel desventura.

Silvia Patón Cordero, Profundo quebranto, año 2013.

Aléjate de tanta inquietud.

Aléjate de tanta inquietud

Aléjate de tanta inquietud

del mar, en proceloso navío,

o templa de su embate bravío

el ímpetu de la plenitud;

que yo de su crespo golpe impío

guardada estoy con tal pulcritud

que soslayo aquello en que no fío.

Y tensa la cuerda de sus velas

que agitadas por furioso viento

de pasión desvelan su cimiento

en tanto que tú de amar recelas.

No en otro lugar halle sustento

ese corazón con que revelas

que pidiendo estás fatal contento.

Amor prohibido

Amor prohibido

Amor prohibido que con baldón
mi corazón vivo por siempre enciendes,
pues con tu llama furibunda prendes
mi espíritu y su tan noble razón.

Del ardor no hallo la predilección
ni el por qué de esas trampas que me tiendes
desalmado, ya que sutil pretendes
enaltecerte en tu prohibición.

Vedado me seas, que así me libras
de tu influjo y de caer en error
por lo que no lega tu idolatría.

Del hosco mundo su estado equilibras
al alentar perverso desamor
con tu continua ausencia y lejanía.

Silvia Patón Cordero, Orgullo y nostalgia, 2013.

De tu bella faz

De tu bella faz

De tu bella faz quisiera
la rosa de tus mejillas,
las gracias que tan sencillas
ornan lo que amor fingiera;

mas no haberte desespera
en el pecho que mancillas
con esta perpetua espera.

Luego en solitario extiendes
tu cabello negro: mar
que tantas penas de amar
anega, cuando pretendes

negarte en tu desamar.
¡A mucha altura hosco tiendes
recelando al intentar!

Silvia Patón Cordero, *Orgullo y nostalgia*, 2013.

Qué de deleites

¡Qué de deleites!

¡Qué de deleites la suave boca
cediera con tanta donosura,
cual de la rosa aquella hermosura
que roba el aire cuando la toca!

Así las olas contra la roca
se estrechan y en su rizo y figura
se apresuran con su donosura
en un vaivén que la muerte evoca.

¡Que se encrespe el mar airado, fiero,
si a tanto placer en su ir somete,
pues no contra enemigo arremete
sino en pos de un ósculo certero!

Porque aunque tan hostil y altanero
esta orgía perpetua acomete,
mi ego acapara lo que promete
ofrendarle un gozo duradero.

Quién fue

¿Quién fue?

¿Quién fue la primera en poseerte?

¿Quién la única que pudo gozarte,
si yo apenas logro el idolatrarte
sin obtener tampoco tenerte?

De esta forma ansiara retenerte
cuando con mis manos alcanzarte
es motivo por que soslayarte,
pues no me es lícito conocerte.

El pecado resta en convertirte
en razón de mi dulce agonía,
puesto que es en vano el eludirte
y eludir así tu cobardía.

Aun luchara por conseguirte
si viera en tu lejana apatía
que tu desdén es por reprimirte
a lo que has negado en gran cuantía.

Girasoles

Girasoles

Girasoles dorados, campesinos,
de alta grama y baja manufactura,
decorados con hábil donosura
en sus rostros de oro y cuarzos halinos.

De aquellos áureos pétalos divinos
el sol se prende, arrastra su figura
hacia su órbita con desenvoltura,
por cuanto esclavos son de sus destinos.

Y miro el campo a través y vislumbro
de tanta grandeza ínfulas de honor
que apenas ajan los rayos del cielo;

mas a sopesar no bien me acostumbro
que no han de haber triunfo o fatal ardor
al amar necios ingrato desvelo.

Sobre rosas

Sobre rosas

Sobre rosas durmieras en lecho
mullido por tanta falsedad,
para que probaras la impiedad
de ponderarte solo y maltrecho.

De aquel tálamo blando, deshecho,
no probaras dulce lenidad,
ni tampoco la noble bondad
por tus mentiras y su cohecho.

Dime falso, traidor, ¿a quién brindas
de tu cuerpo los muchos ardores,
si de mi ser siempre te deslindas
y a otras cedas tus castos favores?

Pronto aléjate, ve, sin que escindas
de mi alma sus severos pudores;
pues que no mi afán venzas y rindas,
más que ingrato, fiero, en deshonores.

De los brillos

De los brillos

De los brillos de tus ojos ¿qué tengo?
Apenas dos centellas diletantes,
fulgores que se jactasen triunfantes
de aquella lid que contra mí contengo.

Por tanta impiedad cuidado mantengo
y me sustraigo al afecto, al que antes
me entregara, con diversos desplantes,
mientras la ira y la desazón retengo.

¿Cuál es tu nombre verdadero y casta?
¿Cuál cuna que tan ignota parece?
¿Quién es aquel que mi ímpetu devasta

y que entre tanta insolencia se crece?
Con fiereza mi valía desgasta,
bien que mi amor piadoso desmerece.

Sopla el aquilón errante

Sopla el aquilón errante

Sopla el aquilón errante
y revuela cielo y tierra,
y con él porta triunfante
todo ensueño que en sí encierra.
Por tu amor, más anhelante,
mi corazón con cruel guerra
azota no muy distante
mientras mi esperanza entierra.

Céfiro errante

Céfiro errante

Céfiro errante en su cabello negro,
¿juegas a ondear su gracia celeste
o desdibujas sin batalla ni hueste
de sinfonías su candente allegro?

De la azul mirada un beso lo integro
en el alma, que dolor manifieste;
porque aunque su imagen fiel me conteste
nada de su veracidad reintegro.

Manos que dulces se posan cual aves
en el pecho, honradas, lenes, ardientes
entre sus muchos privilegios suaves.

Labios escogidos de ardor, fervientes,
que susurran con sus murmullos graves
tantos secretos de amor confidentes.

Qué afortunado

¡Qué afortunado!

¡Y qué afortunado el noto
que el labio lascivo besa
y en su roce jamás cesa
de lo que a mí me es ignoto!
Cierta sintiera alboroto
en el alma cuando, hurtado,
ese capricho negado
me abrasara toda dentro;
que cual volcán en su centro
sintiera el pecho emboscado.

Dulce

Dulce...

Dulce amado, amor o amante,
¿cuál de estos nombres mereces?
Porque ninguno lo creces
con tu cuerpo y tu talante.

De un sueño anhelo galante
ese beso que no ofreces,
la pasión que desmereces
por tu desgana constante.

Abulia sientes, no pena,
que incesante el amor pides
con dejadez que envenena.

¡Tal vez tú el querer olvides
y desates su cadena
con la muerte en la que incides!

Laureles esquivos

Laureles esquivos

Laureles esquivos te adornan
en las cintas del negro ocaso,
porque otorgas en mucho escaso
tanto favor con que te ornan.

Dulzura en amargura tornan
los besos que ni con retraso
mi boca saborea: pasos
que por nula senda retornan.

Carente de intención te veo
en lo que tu alma no profesa,
pues que siempre le pones freno.

Como un rico tesoro creo
que tu castidad se confiesa
ferviente en egoísmo pleno.

Revolviéndose en el cielo

Revolviéndose en el cielo

Revolviéndose en el cielo,
vasto campo del artista,
la inspiración rompe el velo
sin que sutil se resista.

De tanta beldad formara
el verso y la rima de oro
que su testa coronara;
de serafines el coro.

En Parnaso hallara idilio
si de este amor lauro y veste
sacase cual un Virgilio
que en lo literario reste.

Sólo imploro del erario
de tanta noble cultura
un lugar a este poemario
que lo eleve a gran altura.

Naturaleza

Naturaleza

No me pesa el haber reconocido
de la naturaleza su hábil gesto,
sino el que no se corresponda presto
a este mi sensatísimo sentido.

De su alta belleza me congratulo
y de su perfección en el hacer,
aunque pueda con ello parecer
que la propia disensión disimulo.

Eres recuerdo ingrato

Eres recuerdo ingrato

¿Eres un recuerdo ingrato

o felicidad negada?

No trato de atarte así

pues de ti no pido nada;

bien que no logro aun sin trato

olvidar que fue tu cara

la que se aproximó a mí

dejándome su huella amara.

Por tu índole

Por tu índole

Por tu índole te contradigo;
que fuiste tú mismo el culpable,
y por ello juzgara viable
el que de ti me separasen.
Justo fuera tanto castigo
si no pensara idolatrable,
entretanto, tu ardor afable
por el que hartos muchos te odiasen.

Carezco

Carezco

Carezco de ese peculio
que para amar necesitas
y es por ello que no incitas
a mi alma con tus excesos.
No tan locuaz como Tulio
te noto porque no citas
en tu obra lo que altas cuitas
te produce por recesos.

Inexpertos

Inexpertos

Imagínate mullido
ese lecho que probases,
si con favor te dignases
a no despreciar mi afecto.

Pero te escuchas herido
en tus incólumes frases.
Entre ambos no luchan clases
sino el ardor inexperto.

Y tu abulia me confunde
y esa dejadez constante
que en injurias no se funde.

De ti obtengo con desplante
un naufragio cruel que me hunde
en un mar más palpitante.

De amarme

De amarme

¿De amarme qué obtienes, ingrato?
Cálices de amor que marchitan
y con su llama se desquitan
de un incontestable maltrato.

Mejor tentar con arrebató
esos labios suaves que imitan
blando terciopelo, y que irritan
por desconocerte en tu trato.

Bocas lenes que en la distancia
sus ilusiones pronto apagan
cual de la rosa su fragancia.

Caras deudas que no se pagan,
anegadas por la arrogancia
de los humos en que divagan.

De esos ojos negros

De esos ojos negros

De esos ojos negros velados
en su noche perpetua hermosos,
de esos labios tan caudalosos...
¿quién hurta sus tactos instados?

De esos mirares desvelados
en velos de espuma espumosos,
¿qué obsta favores rigurosos
sino unos votos despreciados?

En abrazo ciñes el humo
y con humo el placer alientas,
pues nada más de ti presumo
que con tal necesidad intentas.

Y que juegas conmigo asumo,
y que aplastas con tus afrentas
un fervor que en mi ser consumo,
leso en las llagas que acrecientas.

Ah, cruel

¡Ah, cruel!

¡Ah, cruel, del ánimo mía lleves
martirio por tanta cobardía,
si en mi planto digna la alegría
hallas entre tantos gozos breves!

¿Con las someras leyes te atreves
a imponer tu norma que asentía
a la frustrante y lejana vía
de implorar unos besos alevés?

Repón del sentir esa distancia
que a los dos mantenga sin cuidado,
antes que padecer la inconstancia
de un dolor en tormento ignorado.

Del olvido práctico la instancia,
no del insano tiento truncado
de querer aspirar la fragancia
de un afecto a morir condenado.

Esos ilustres ojos

Esos ilustres ojos

Esos ilustres ojos negros, castos,
¿a quién miran con sus pupilas lenes?
¿A quién adoran sin que se refrene
del aire sus muchos deliquios vastos?

No haya tristeza en el pecho que apene,
mayor que el saberlos del candor pastos
en dicha que celosa me envenene.

Si no amas, calmo prosigue la vía
de esa castidad que lejos del daño
te conserva, como aquel ser de antaño
que del gozo ofrecido desconfía.

El recuerdo la senda requería
del poder transido y el paso del año
por volverla a ayer, que ya hoy no existía.

Embarca mi ilusión

Embarca mi ilusión

Embarca mi ilusión en tu grandeza,
entre olas de crespón del mar devotas,
y conduce mis aguerridas flotas
allá donde el orto se despereza.

No se demuestre victoria a flaqueza
con cumplidos lejanos, en derrotas,
mas con todas esas muestras ignotas
del amor, esclavas en su entereza.

¡Ah, rebelde mirar de honda negrura,
del sentir que no mata por su ausencia
y que el último suspiro me apura
revestido de abulia y de inclemencia!

Si probara en mi lecho esa blandura
que acrece tanta continua impaciencia,
no de otro demandara su ternura,
sino de ti por tu aguda conciencia.

Con cien cañones

Con cien cañones

Con cien cañones por banda
los veleros navegaban
ayer (y aun más batería,
surcando el ponto azulino).
Hoy el mar no es ya platabanda,
y solo necios alaban
lo que antaño suponía
culto al sabio sibilino.

En esa boca versos rezan

En esa boca versos rezan

En esa boca versos rezan
como plegarias susurradas,
cual caricias enamoradas
que los sentidos desperezan.

Y los pesares pronto empiezan
cuando las dulzuras negadas
son cuanto más acostumbradas
a odiar a amor con que tropiezan.

Desventuras son gentilezas,
favores, dichas invisibles;
porque sólo obtengo impurezas
de tanto decoro inmiscible.

No busco en tu instinto noblezas
sino posesiones visibles;
en ti únicamente destrezas
serán dechados admisibles.

Ni ley ni norma

Ni ley ni norma

Administrar amores cual normas
es de la pasión inconcebible,
porque no hay litigio resarcible
si tú con no verme te conformas.

Ni lacas ni alhajas dan las formas
de la cerámica más plausible,
pues que de tu razón no es visible
más que duelos y anhelos sin hormas.

Cánones inconstantes han culpa
de que de ti me aleje en fracaso,
ya que pondero tu haber escaso
y a tu falta no hallo disculpa.

No la griega y desdorada pulpa
de la manzana de Paris taso
con una punición que me inculpa
al despreciarme por tu retraso.

El ánimo ofendido

El ánimo ofendido

El ánimo ofendido en receso
descansa por tanta burla e instancia,
que en poderoso no halla constancia
ni del abuso comprende exceso.

Beldades de antaño, de oro el peso,
del ámbar y mirra la fragancia...
¿valen de algo si ley es ignorancia
y normas un marasmo sin seso?

La verdad carísima la tasa
en hipocresía de lo humano,
que tiende hacia el voluble retraso
de pleito en compendio vil, mundano.

Yo lo injusto por cuerdo rebaso
si las gentes de espada y arcano
se defienden con honor escaso
bajo el antifaz del hurto profano.

De las cestas espumosas

De las crestas espumosas

Al dios del mar.

De las crestas entre espumoso
vaivén y oleaje que afronta,
el dios surge airado y remonta
aquel piélago fragoroso.

No las estrellas del nuboso
cielo con el mar se confrontan,
sino con los seres que amonta
pueril arrecife rocoso.

Corales, esponjas o peces
multicolor y multiformes,
miméticos cuantiosas veces
o con longitudes enormes...

Con estos el mar se enriquece
si en su acuario están muy conformes
cuando en su hondonada te meces,
deidad, sin que el suelo deformes.

Vertiginoso

Vertiginoso

Vertiginoso aquel mundo creativo
que este soneto refleja sonoro.
Del ritmo sinfónico el metal y oro
que evoca tanto compás emotivo.

Flujo de ondas himnicas que cautivo
como en un sueño vagan en su coro;
del gozo profano sutil tesoro
y de la creación ideal votivo.

Giros violentos, piruetas de acervo
resonante, ecos del arte e hidalguía,
consonancias del armónico verbo

que Ravel compuso con valentía.
En mi pensamiento, dentro, os conservo
por admirable y recia idolatría.

A Maurice Ravel

A Maurice Ravel

Acentos, son, arpegios acordados,
todos ellos del haber musical
en un desfile mágico, espectral,
de fresquísimos ritmos inventados.

En procesión de compases templados
va "*in crescendo*" eterno este himno triunfal,
demostrando aquel arte magistral
de Ravel, en mis versos concertados.

Su "Bolero", su "Valse" en armonía:
de la batuta invisible artificio
y del corazón frágil sinfonía.

Sonidos de España por galo vicio,
que en su hábil composición son maestría,
mas nunca en su lírico desperdicio.

Cupido traidor

Cupido traidor

Cupido traidor que aquellas rodillas
abrazas de la frustración distante,
del pudor insobornable, restante
huella de las sensaciones que humillas.

Cuando golpes das en las espinillas,
¿de qué te quejas, brutal y anhelante,
si en tu juego prosigues adelante
y a mi corazón débil lo mancillas?

Enludas mis manos con un deseo
que es humo que en burlarme se entretiene,
ahondando por tormento y recreo;

que sujeta su cuerda me mantiene
con su risa jocosa y regodeo,
en tanto que en dolor se contraviene.

Armónico ruego

Armónico ruego

En armónico ruego el alma indulta
esa música oculta de sus labios,
esos consejos ausentes, resabios
de la conciencia vehemente, culta.

Todo pesar el apego sepulta
cuando evoca aquellos vocablos sabios
que una vez amaran los desagravios
y que hoy el contento volátil insulta.

¿Qué del placer los años tan lejanos
brindan a quien te odiase lesamente
por los designios de afán soberanos?

Ya la Fortuna torna de repente
y se agita contra aquellos hermanos
versos que te tildaran de inclemente.

.

No los griegos y romanos

No los griegos y romanos

No los griegos y romanos
en mi arte sean reunidos,
sino los gustos profanos
de estos mis versos sentidos.
Entonando himnos arcanos
pronto sean debatidos
los deleites del hispano
sin latinos corrompidos.

Sátira

Sátira (A la o el que me copia)

Una víbora, reptil anguloso
no se te pareciese en tu hado un pelo,
pues mayor honra tiene en su desvelo
que tus escamas de cuerpo escabroso.

Que tú hacia las alimañas gusto ostentoso
demuestras, porque con tu sutil celo
reptas del mundo por el vasto suelo
y aun más bajo es tu paso ominoso.

Del robar, ruin ventura, haces tu gloria;
y de la honestidad cruel sepultura
dejando ardua equidad en la memoria.

Los hombres justos de la donosura
hacen su prenda ejemplar, meritoria;
tú, de la soez vileza hermosura.

Rebosantes de brillo

Rebosantes de brillo

Rebosantes de brillo las armas
y el escudo con hierro templado;
y en el tahalí, al pecho ajustado,
esa espada que al sentir desarma.

Las trompetas suscitan alarma
en campo de estupor pertrechado;
que en contienda el valiente soldado
con soltura su vigor rearma.

Las guerras liban del poderío
de los muchos héroes animosos,
que se defienden en su albedrío
y en sus actos crudos, rigurosos.

De los dioses el ánimo y brío
de los varios delirios astrosos,
entre el ruin mandato y desvarío
de aquellos númenes veleidosos.

La felicidad malquistada

La felicidad malquistada

De oro el recuerdo de aquellos felices
años en que gocé de escasa suerte,
pero olvidé la crudísima muerte
del día en sobredorados matices.

Pintaría con sólidos barnices
el periplo de en mi ser retenerte,
¡oh, felicidad!, y ya mía haberte
en tanto que la ignominia desdices.

Tu estorbada faz entre sombras viva,
oculta a mis deseos, inhumana,
por que su reverdecer se conciba.

Un día habrá en que tu sobrehumana
intensidad el ensueño reviva
de apresarte lesa, ingente, profana.

Al impulso amoroso

Al impulso amoroso

Y tal vez tu barco naufragase
con competencia de causa, tasa
que el mío en fenecer sobrepasa
como si su valor apagase.

El aquilón resuelto amansase
y el lienzo de tu vela ágil, rasa,
detuviese en tanto empuje, escasa
por las fortunas a que aspirase.

Suspiro cortés a amar impulsa,
y tal el viento la nave altera
cuando su recorrido aligera
y célere al alma febril pulsa.

En olas tradujérase insulsa
la paz en que el pecho persevera,
porque mil océanos venciera
si expulsara la calma en repulsa.

A mi héroe

A mi héroe

Dignísima faz, colérico brío,
nombre del rojo tono enamorado,
mirar del luto negruzco prendado
en un relato de la mente impío.

A una muerte posible condenado,
caudillo, yo te encumbro en tu albedrío;
que se percibe en aquel gesto mío
tu hazaña ficticia y acto concertado.

No es músico tu brazo heroico, recio,
mas lo refiero con docta presteza
puesto que le guardo un ingente aprecio.

Tal forjó en su día naturaleza
al que no se tasara por su precio,
sino por su valía y gentileza.

De mi humilde noción

De mi humilde noción

No sé qué se me diera en el escrito,
en la estrofa que a mí misma he inventado,
en artificio siempre dedicado
a un antojo, del español delito.

De por sí su factoría innovado
afán halla transponiendo infinito,
nuevo, algo que se conciba apreciado.

Vengan presto a mi haber tantas ideas,
que borren de lo literal la usura,
pingüe dechado al que con donosura
viste servil tan líricas libreas.

Rea me considero de hermosura
al iluminar con rítmicas teas
de mi humilde noción la sepultura.

Terebinto

Terebinto

Arbolillo de anacardo,
deudo del verde lentisco,
te encaramas en un risco
con tu tronco enhiesto, pardo.

Declamar versos de bardo
con tu sigilo morisco
o enfundarte con mordisco
es tu verdecer tan tardo.

De ti halla esencia olorosa
la trementina más suave
o las aladas cual ave
flores de tierra ardorosa,

pues nace en vista terrosa
de mil pecíolos graves
o de españolista enclave,
patria del sentir gustosa.

Al dios Baco

Al dios Baco

Baco que sutil embebes
la riqueza en tu buen tino
y que brindas con el vino
en que la lujuria bebes,

tú, que a las bacantes debes
tu cortejo sibilino,
ardes por tus sorbos breves.

Coronado por la vid
muestras el rostro encendido,
sólo al pensar sometido
del más injurioso ardid.

Y en el Olimpo ascendido
eres en mucho adalid
del beodo cometido.

Nunca mi alma

Nunca mi alma

Nunca mi alma dejase
esta mísera vida
ardiendo enfebrecida
con amor que inflamase.

De ausencia se quejase
y no de incomprendida
marca que así escindida
el pecho lo injuriase.

Herida se sintiese
por los besos ardientes
que del alma prendiesen;
no los inexistentes.

Sola poco perdiese
en los sueños fervientes;
que mucho los pidiese
con huellas evidentes.

Las rosas de tus labios

Las rosas de tus labios (Madrileña)

Las rosas de tus labios ¿qué besan?
Cuando apenas sus pétalos rosas
se entreabren cual dulces, hermosas
auras que en mis pesares no cesan.

Al verse indemnes no se interesan
por las muchas causas amorosas
y ni siquiera el hastío expresan.

Mas si la brisa leve esa boca
acaricia con un soplo mero,
¿por qué yo por sentirla desespero
y beso el aire con ansia loca?

Fuera tenerte cerca primero
en todo lo que la magia evoca,
luego retenerte tan señorero.

Podrá la llama

Podrá la llama

Podrá la llama arder mas no quemar.

Podrá el mar crecer pero no inundarme.

Podrá el sueño ser, aunque no embaucarme,
siempre que logre amor evitar.

De tortura me defiendo al no dar
a entender el que obtenga esclavizarme
lo que bien debiera de mí arrojar.

Supuesto que en los celos siempre impropio
este conato en nada se sustenta,
y por morir consciente se impacienta
ya que del calmoso estar hace acopio.

Dijérase que de hiel tu apego es propio,
porque tal en tu dignidad se cimienta
entre esos vahos del político opio.

El amor cegado

Canalla el Amor su arco lo sostiene
frente a mi vista aguda, descontenta,
con tan mal tino que cegado intenta
enfocar a quien la mente detiene.

Púnica onda que se aferra, y mantiene
su mira en aquel que el pesar sustenta
y que ante mi irritación aparenta
destrozar presto lo que no contiene.

Digno eres, ingrato, de aquella venda
que ofusque tus manos y tus arrojos;
que si no te cubriera esos tus ojos
aun Razón contigo habría contienda.

Pretendes que, incauta, me desentienda
del juicio cauteloso, y con abrojos,
mas que provocando muchos enojos,
tapas el seso que a Cordura tienda.

El desencanto amoroso

Tus ojos avellana el tormento
y la razón de mis frustraciones,
y tus blandos labios devociones
de mi estéril ardor y ardimiento.

Pueril llama la que el descontento
imita, pues que aviva ilusiones
no amagando tantas desazones
mas con tedio y desconocimiento.

Yo te amase con furia y violencia
porque amada se viese tu estima;
que no el orgullo sin evidencia
de lo que en amor se desestima.

Mejor afecto busque inconsciencia,
que en dolor más pesar desanima,
y sepulte aquella penitencia
que hoy mi pecho al olvidar redima.

Por cuánto

Por cuánto

¿Por cuánto se entrega amor?
¿Qué precio vale su instancia?
¿Se sirve de mi honra altivo
cediendo uso al deshonor?
Es cara pues su fragancia
y su rigor emotivo;
bien que yo no taso el valor
de infiel rostro, mas constancia
de su erario en mí cautivo.

La tentación

La tentación

Pero en un frasco no cabe
la esencia pura en deseo,
el afán que en ti no veo
ni sentimental ni grave.
Que quien no amara no sabe
lo que por carencia pierde,
aquello que no remuerde
conciencias al no probarlo;
sólo logra en sí juzgarlo
el que tentado lo muerde.

Más dulce que las rosas

Más dulce que las rosas

Más dulce que las rosas es el beso
que ahonda en el cuidado deleitoso
y que se alaba siempre bondadoso
de lo que jamás dona con exceso.

Del pío afecto no resisto el peso
más que su deleite nada juicioso,
que de por sí no obtuviera reposo
salvo en el descubrirse siempre ileso.

La demora la acaparan muy pocos
sobre todo cuando guía la insania:
entonces los amantes tornan locos.

Y aquel rudo, pétreo torso se ablanda
ya que hostil y desigual no revoco
el labio que mi muerte tal demanda.

Espíritu indomable

No la rosa henchida o el erguén salvaje guarden aquel espíritu indomable del que valiente y nada miserable hace gala de verdad sin ambaje. Otros se escudan en el huero ultraje; tú, con diligencia considerable, no cambias elegancia por afable y doble viso que al ruin agasaje. Hipócritas ellos porque remontan su erguido vuelo en conscientes patrañas, y lo digno con ello no confrontan. Si en vez de urdir tramoyas y artimañas de error desvelaran lo que no afrontan, no habría en política dos Españas.

La despedida

¡Cuán alto poder nos enseñaba
de la ternura diestras razones
por su bandera insignia en nociones
que nuestra cordura abanderaba!

La lucha el poder esperanzaba
de descubrir sin vacilaciones
a aquel ente que cada uno amaba.

Y en tu orgullo por leso te diste,
transportando tus armas donoso,
pues quedo, rotundo y belicoso
nada a tu despedida opusiste.

Mas besa aquella alma que reviste
y el sentir entretanto engañoso
del boceto que probar fingiste.

Helena de Troya

¿Esta mirada tuviste hermosa,
tú ciudadana de Troya, Helena
de Esparta, y esa rubia melena
larga, rizada y más caudalosa

que aquel río que el tiempo no frena
y que en su correr nunca reposa
hasta que el piélago lo enarena?

Si tal Menelao te retuvo,
¿por qué no cuidó de ese tesoro
más que del distante ultraje y el oro
de los dárdanos que no contuvo?

Pero ya sé por qué no te mantuvo
lejos del parisino desdoro:
por las ganancias que de ello obtuvo.

El tigre (dibujo)

Para demostrar que en el arte
no estaba para nada falta,
he aquí un dibujo que resalta
la fiereza tomada aparte.

Y el que no entienda se desmarque,
que su destreza semeja alta
por lo que callada departe.

Locos con afines esbozos
quisieron emular esta obra,
aunque sólo el pincel se cobra
en efectivo y sin rebozos.

Pues rugiendo en diestra maniobra
salgan festivos alborozos;
que todo comentario sobra.

A Miguel de Cervantes Saavedra

Si los años regresaran floridos,
Cervantes, bien te habrían igualmente
encumbrado, como ahora al presente
señalan tus hechos los entendidos.

Por tantos años el paso inminente
del tiempo estableció que conocidos
serían tus textos por sino urgente.

Y tras esto tu existir declinaba,
que apenas sobreviviera esa gloria
conquistando la prófuga memoria
que ya la enfermedad letal agostaba.

Tal la lumbre el cielo con vanagloria
toca, cuando su luz presta abrasaba,
para apagarse en su áurea palmatoria.

Por competir con tu mirada oscura

Por competir con tu mirada oscura
el negro oro[1] la copiase envidioso,
y hasta la noche nocturna procura
tomar su manto de crespón luctuoso,
que el verla a muerte ataja, y a sepultura.

Y en su pugna reñir con esa albura
de la órbita ocular le es provechoso;
que quien mira de luz su bordadura
aurífera, la creyera en juicioso
matiz de reviviente compostura.

Mas no en carbón, hulla mate o antracita
los opuestos tenga, sino su unión
y miscélanea entre opacos hilos.

Pena que insidiosa no se desquita
con más dolor se baña en conmoción
al instar su ardor de letales vilos[2].

[1] Se refiere al petróleo: oro negro.

[2] Parto de la expresión "en vilo": "con indecisión, zozobra". "Vilos" equivaldría a "zozobras", aunque el diccionario no la recoge como palabra independiente.

A Aníbal Barca

Del ataque a Roma tu gloria hiciste,
Aníbal, de los púnicos caudillo,
y los Alpes cruzaste, ilustre altillo,
con tus hombres que al fulgor impeliste.

Junto al fraternal Asdrúbal creciste
en Hispania, y en ella viste sencillo
cómo tu padre alcanzaba un tonillo
y fama que todavía persiste.

Hijo de Amílcar, cartaginés nato,
¿dónde residen pues tantas victorias
si aún Roma conserva su impune atrio?

Y los tirios en aras perentorias
se dejaron; para formar del patrio
miedo fe y romanas ejecutorias.

Soneto homenaje a Garcilaso de la Vega

Tu frente no con laureles ciñeran
las ninfas, mas con metal de oro breve,
por los trágicos, de tu muerte aleve,
sucesos que tal gusto en ti extinguieran.

Y así las Oréades entrevieran
mi dolencia, porque al dictarlo leve
el perpetuo túmulo por ti eleve,
si en mármoles de Paros lo erigieran.

Églogas que a los pastores servís;
canciones que en silvas humor probáis;
sonetos que ecos de la voz fingís...

de Garcilaso su solio acordáis,
en tanto que fundado transferís
que lo ítalo en lo hispano propagáis.

Los gatos serviciales (fábula con rima clásica)

Dedicado a nuestros inolvidables fabulistas.

A la noche y al día peleaban
un par por agradar a su dueño;
y en gatuna reyerta olvidaban
que la sangre tornaban beleño
porque sin motivos se escamaban.

Pero cuanto más lo demostraban
tanto más les vencía aquel sueño;
que nada a los felinos les daban
los hombres de bolsillo cenceño,
sino que las comidas restaban.

Así les rindió la flaca edad,
en que se jubilan los oficios,
sin más que fastidio y parquedad.

*Que no sacaron más beneficios
que librarse en su inutilidad
de palos e impagados servicios.*

Guía mi mano

Guía mi mano en la rima
la perfidia del afecto
no el empuje de intelecto
que en fervor se desestima.

Ausente en lírica cima
está el coraje imperfecto,
ese que mueve en efecto
un gesto que en dolo prima.

Pueriles estos presumo
dictados de la conciencia
son, por bajeza que asumo.

En escribir la paciencia
de mi bienestar consumo
pues su muerte es condolencia.

A Alonso de Ercilla

Incorpórea huella nos gravaste, Ercilla,
de extravagantes formas, inconfundibles,
en el peninsular terruño y en América;
que todo tu legado nos acaudilla.

Oceánico regalo entrecomilla
los límites de los indios susceptibles,
continuando frente a historia su quimérica
visión, de los hombres raíz y semilla.

Aquel Chile descubriste, y expediciones
por más de medio planeta realizaste.
Don Alonso, la "Araucana" nos propones
tras combates signados que ocasionaste.

Aparatoso invento el de la epopeya,
porque tú con tu arte no te desligaste
de lo que nos ha llegado exacto de ella.

Autora: Silvia Patón Cordero (Con la colaboración de Héctor, Alberto Robles y Vicente).